

un metro del sitio de la caída; pero hasta los huesos quedaron hechos polvo, y el cerebro salió por la frente.

Apenas cerrada su fosa, hubo que abrir otra para Idea que murió repitiendo con voz apagada:

—¡Georges, Georges!

Una sola losa cubrió sus dos tumbas y un mismo sauce sombreó su sueño.

Hoy todavía, los ribereños del hermoso lago de Tyrifiorden, conservan en sus corazones el melancólico recuerdo de la catástrofe, vuelta legendaria, y no enseñan al viajero la piedra sepulcral sin asociar á la memoria el dolor de un dulce ensueño desvanecido.



VI

EL PROGRESO ETERNO.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones pasan pronto en este planeta, y sin duda también en los demás.

Veinte veces fué la revolución anual de la Tierra en torno del Sol, desde el día en que el Destino cerró por tan trágica manera el libro en que los dos jóvenes leían desde hacía menos de un año. Su felicidad fué rápida, su mañana se desvaneció como una aurora.

Les había, si no olvidado (*), al menos

* Hay en ocasiones coincidencias curiosas. El día en que Spero realizó su ascensión que tan fatal debiera serle, uno que se había lanzado á los aires por la agitación extraordinaria de la aguja imantada que en París se anunciaba la presencia de la intensa aurora boreal tan ansiosamente esperada por él para realizar su viaje aéreo.

perdido de vista, cuando ha poco tiempo en una sesión de hipnotismo habida en Nancy, donde me detuve algunos días de paso para los Vorges, examiné á un *sujeto* con quien los sabios experimentadores de la Academia

Stanislas habían obtenido resultados verdaderamente asombrosos y de que la prensa científica hablaba desde años atrás.

No se cómo sucedió que él y yo hablamos del planeta Marte.

Después de describirme la comarca ribereña de un mar que los astrónomos conocen bajo el nombre de Oceano Kepler y de una isla solitaria brotada en el seno de ese Oceano; después de describirme los paisajes pintorescos y la vegetación rojiza que orna las riberas, los acantilados batidos por el mar y las playas arenosas donde van á morir las olas, el *sujeto*, de una sensibilidad extremada palideció de súbito y llevó la mano á su frente.

Se sabe, en efecto, que las *surgidas* boreales se manifiestan con perturbaciones magnéticas.

Lo que más me sorprendió, empero, y de lo que, aún no tengo explicación, fué que en el momento mismo de la catástrofe, experimenté un malestar indefinible, y luego uno como presentimiento de que alguna desgracia le había acaecido. El cablegrama que me anunció su muerte, casi me encontré preparado.

te. Cerráronse sus ojos, sus cejas se aproximaron; parecía querer apoderarse de una idea fugitiva que se obstinaba en huir.

— *Ved*, exclamó el Dr. B —, poniendo ante él algo así como una orden ineludible. *Ved*, lo quiero.

— Allí tiene usted amigos, me dijo.

— No me sorprende mucho, con esté riendo. Bastante he hecho por ellos.

— Son dos amigos, agregó, que en este momento hablan de usted.

— ¡Ah! ¿Son personas que me conocen?

— Sí.

— Y ¿cómo es eso?

— Le conocieron en la Tierra.

— ¿Aquí?

— Aquí en la Tierra.

— ¡Ah! ¿Hace mucho tiempo?

— No sé.

— ¿Habitan en Marte desde [hace mucho tiempo?

— No sé.

— ¿Son jóvenes?

— Sí; son dos en morados.

Entonces las encantadoras imágenes de mis llorados amigos surgieron vivas en mi pensamiento; pero aun no las había acabado

de ver cuando el *sujeto* exclamó con voz segura:

—¡Son ellos!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo veo. Son las mismas almas. Los mismos colores.

—¿Cómo los mismos colores?

—Sí, las almas son luz

Algunos instantes después agregó.

—Sin embargo, hay una diferencia.

Y quedó callando un momento más, demostrando su frente que buscaba; pero recordando el rostro toda su serenidad y toda su calma prosiguió:

—El es ahora ella, la mujer. Ella es ahora él, el hombre. Se aman más que antes.

Como si no hubiese comprendido lo que acababa de decir, pareció que quería explicar-se á sí mismo, á juzgar por la contracción de todos los músculos de su rostro hacía penosos esfuerzos, y cayó en una especie de catalepsia de la que no tardó en librarle el Dr B. . . . ; pero el instante de lucidez había pasado y no volvió.

Para concluir dijo este último hecho á los lectores de esta narración, tal como aconteció á mis ojos, y sin comentarios,

¡Según la hipótesis actualmente admitida por varios hipnotistas, el *sujeto* sufrió la influencia de un propio pensamiento, cuando el profesor le ordenó que me contestara? O, mas independiente se desprendió y no más allá de nuestra esfera?

No me permitiré decidir.

Confesaré con toda sinceridad, sin embargo, que la resurrección de un amigo y de su adorada compañera en ese mundo de Marte, mansión vecina á la nuestra y tan notablemente parecida á la en que habitamos, pero más antigua y más adelantada sin duda en la vía del progreso, puede parecer á los ojos del pensador la continuación lógica y natural de su existencia terrestre, rota con tanta rapidez.

Quizá estaba Spero en lo cierto cuando declaraba que la materia no es la que parece ser, que las apariencias engañan, que lo real es lo invisible, que la fuerza animica es indestructible, que en lo absoluto lo infinitamente grande es igual á los infinitamente pequeños, que no son infranqueables los espacios celestes, y que las almas son las semillas de las humanidades planetarias.

¿Quién sabe si la filosofía del dinamismo no revele alguna vez á los apóstoles de la Astronomía la religión del porvenir?